

Escuela Dominical

Aprendiendo A Ser Como Cristo

LECCIÓN 40

UN ESTUDIO DE LA VIDA DE CRISTO PARA APRENDER A SER COMO ÉL

29. JESÚS DESCANSA EN MEDIO DE LA TEMPESTAD – MT. 8:23-27; MR. 4:35-41; LC. 8:22-25.

En estos pasajes se nos habla de nuestro Señor y Sus discípulos cruzando el mar de Galilea en una barca, cuando de pronto se levanta una tormenta y la barca corre peligro de llenarse de agua, por las olas que la golpean. Mientras tanto nuestro Señor duerme. Los discípulos, asustados, lo despiertan y le piden ayuda. Él escucha su clamor, no sin antes reprender su débil fe, y calma las aguas con una palabra, y entonces se hizo grande bonanza, es decir, una gran calma. Esto hace que los discípulos teman reverentemente al Señor y se den cuenta que es más que lo que ellos pensaban que era.

Pocos milagros registrados en el Evangelio llamaron la atención de los apóstoles de esta manera. Por lo menos cuatro de ellos pescadores, Pedro, Andrés, Santiago y Juan, quienes conocían el mar de Galilea y sus tormentas desde su juventud.

A. Aprendemos que el servicio de Cristo no exime a Sus siervos de las tormentas.

- 1) Aquí estaban los doce discípulos en el camino del deber. Seguían obedientemente a Jesús, dondequiera que fuera. Participaban diariamente de Su ministerio y escuchaban Su palabra. Testificaban diariamente al mundo que, sin importar lo que los escribas y fariseos pudieran pensar, ellos creían en Jesús, le amaron y no se avergonzaron de renunciar a todo por Él. Sin embargo, aquí vemos a estos hombres en problemas, sacudidos y hundiéndose en una tempestad, y en peligro de ahogarse.
- 2) Marquemos bien esta lección. Si somos verdaderos cristianos, no debemos esperar que todo estará tranquilo en nuestro viaje al cielo. No debemos considerarlo una extraña cosa si tenemos que soportar enfermedades, pérdidas, duelos y decepciones, al igual que otros hombres (1 Pe. 4:12). Perdón gratuito y perdón pleno, gracia en el camino y gloria al final, todo esto nos ha prometido dar nuestro Salvador. Pero Él nunca ha prometido que no tendremos aflicción. Él nos ama demasiado para prometernos eso, ya que por medio de la aflicción nos enseña muchas lecciones preciosas, que sin ella nunca podríamos aprender.
- 3) Él nos muestra nuestro vacío y debilidad, nos atrae al trono de gracia, purifica nuestros afectos, nos aleja del mundo, nos hace que anhelemos el cielo. En la mañana de la resurrección, todos diremos, "*Bueno me es haber sido afligido,*" y daremos gracias a Dios por cada tormenta.

B. Aprendemos que nuestro Señor Jesucristo, siendo hombre, entiende nuestra condición.

- 1) Se nos dice en estos versículos que cuando empezó la tempestad y las olas azotaban el barco, Él estaba en la parte trasera de la barca, dormido. Cristo tenía un cuerpo exactamente igual al nuestro, un cuerpo que podía tener hambre y sed, sentir dolor, cansarse, y necesitar descanso.
- 2) No es de extrañar que su cuerpo necesitaba reposo en ese momento. Había sido diligente en los asuntos del Padre todo el día. Había estado predicando a una gran multitud al aire libre. No es de extrañar que "cuando llegó la tarde", después de mucho trabajo, se quedó "dormido".
- 3) El Salvador, en quien se nos pide que confiemos, es tan realmente un hombre como también es Dios. Él conoce las pruebas del hombre, porque Él las ha experimentado. Él conoce las debilidades corporales del hombre, porque Él las ha sentido. Él puede entender bien lo que queremos decir cuando clamamos a Él por ayuda en este mundo de necesidad. Él es el Salvador que los hombres y mujeres, con cuerpos cansados y cabezas doloridas, en un mundo cansado, requieren para su comodidad cada mañana y cada noche (Heb. 4:15).

C. Aprendemos que nuestro Señor Jesucristo, siendo Dios, es todopoderoso.

- 1) En estos versículos, vemos al Señor haciendo lo que es proverbialmente imposible. Él habla a los VIENTOS y ellos le obedecen. Él habla a las AGUAS y ellas se someten a Su orden. Él transforma la TORMENTA en una gran calma con unas pocas palabras: “*Calla, enmudece*”. Fueron las palabras de Aquel que creó todas las cosas. Los elementos conocían la voz de su Maestro y, como sirvientes obedientes, guardaban silencio de una vez.
- 2) Recordemos que para el señor Jesucristo nada es imposible. No hay pasiones tormentosas tan fuertes que Él no pueda domesticar. Ningún temperamento es tan duro y violento que Él no pueda cambiar. Ninguna conciencia puede estar tan perturbada que Él no pueda darle paz y tranquilizarla. Ningún hombre necesita jamás desesperarse, si tan sólo doblega su orgullo, y viene a Cristo como un pecador humillado. Cristo puede hacer milagros en su corazón.
- 3) Nunca debe desesperarse de llegar al final de su viaje, aquel que una vez entregó su alma a la custodia de Cristo. Cristo lo llevará a través de cada peligro. Cristo lo hará vencedor de todo enemigo. ¿Qué pasa si nuestros parientes se oponen a nosotros? ¿Qué pasa si nuestros vecinos se ríen con desdén de nosotros? ¿Qué pasa si nuestra condición es muy difícil? ¿Qué pasa si nuestras tentaciones son muy grandes? Todo es nada, si Cristo está de nuestro lado, y estamos en la barca con Él. Mayor es el que está por nosotros, que todos los que están contra nosotros.
- 4) Todo este poder todopoderoso de nuestro Señor Jesucristo está comprometido en nombre de los creyentes. Se ha comprometido a salvar perpetuamente, a cada uno de ellos hasta lo sumo, es decir, a completar Su preciosa obra en cada uno de ellos, y Él es "poderoso para salvar".
- 5) Las pruebas de Su pueblo son a menudo muchas y grandes. El diablo nunca deja de hacerles la guerra. Los gobernantes de este mundo los persiguen con frecuencia. Los mismos líderes de la Iglesia, a menudo se oponen amargamente a la verdad tal como está en Jesús. Sin embargo, a pesar de todo esto, el pueblo de Cristo nunca será completamente abandonado. Aunque sean severamente acosados, no serán destruidos; aunque abatidos, no serán desechados.

D. Aprendemos que la verdadera fe a menudo está mezclada con mucha debilidad y temor. Mt. 8:25; Mr. 4:38; Lc. 8:24.

- 1) Mientras Jesús dormía en medio de la tempestad, los discípulos, atemorizados, es decir, con cobardía en su corazón clamaban al Señor: “*¡Señor, sálvanos, que perecemos!*” “*Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?*” “*¡Maestro, Maestro, que perecemos!*” El Señor despierta y reprende suavemente la ansiedad de sus discípulos diciéndoles: “*¿Por qué teméis, hombres de poca fe?*” (Mt. 8:26); “*¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?*” (Mr. 4:41). ¡Qué imagen tan vívida tenemos aquí de los corazones de miles de creyentes! ¿Cuántos tienen fe y amor suficiente para abandonarlo todo por amor a Cristo, y seguirlo dondequiera que vaya y, sin embargo, están llenos de temores en la hora de la prueba!
- 2) Cuántos tienen la gracia suficiente para acudir a Jesús en cada problema, clamando, “*Señor, sálvanos*”, y sin embargo no hay suficiente gracia para quedarnos quietos y creer en la hora más oscura que todo está bien. Los verdaderos creyentes tienen motivos para descansar en su Señor en medio de la tempestad.
- 3) Que la oración “*Señor, aumenta nuestra fe*”, forme siempre parte de nuestras peticiones diarias. Quizás nunca sepamos la debilidad de nuestra fe, hasta que seamos colocados en el horno de la prueba y la ansiedad. Bendito y feliz es el creyente que descubre por experiencia que su fe puede resistir el fuego, y puede decir con Job: “*He aquí, aunque él me matare, en él esperaré*” (Job 13:15a).
- 4) Tenemos grandes motivos para agradecer a Dios que Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, sea muy compasivo y tierno. Él conoce nuestra condición, considera nuestras debilidades y no rechaza a Su pueblo por causa de sus defectos. Se compadece incluso de aquellos a quienes reprende. La oración incluso la de los “hombres de poca fe” es escuchada y obtiene respuesta.

E. Aprendemos que el Señor es extremadamente paciente y compasivo al tratar con los suyos.

- 1) Vemos a los discípulos, en esta ocasión, mostrando gran falta de fe, y dando paso a los miedos más inapropiados. Se olvidaron de los milagros y los cuidados de su Maestro en tiempos pasados. No pensaron en nada más que en su peligro actual. Despertaron a nuestro Señor apresuradamente y clamaron: “*¡Señor, sálvanos, que perecemos!*” “*Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?*” “*¡Maestro, Maestro, que perecemos!*”
- 2) Vemos a nuestro Señor tratando con mucha dulzura y tiernamente con ellos. No les da ninguna reprensión tajante. Él no hace ninguna amenaza de desecharlos a causa de su incredulidad. Simplemente hace la sensible pregunta: “*¿Por qué teméis, hombres de poca fe?*” (Mt. 8:26); “*¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?*” (Mr. 4:41); “*¿Dónde está vuestra fe?*” (Lc. 8:25).
- 3) El Señor Jesús es muy empático y lleno de tierna misericordia (Salmo 103:13). No trata con los creyentes conforme a sus pecados (103:10). Ve su debilidad. Es consciente de sus defectos. Conoce todos los defectos de su fe, esperanza, amor y valor. Y, sin embargo, no los desecha, sino que los soporta continuamente. Los ama incluso hasta el fin. Los levanta cuando caen. Los restaura cuando se equivocan. Su paciencia, como Su amor, es una paciencia que sobrepasa el conocimiento. Cuando ve un corazón recto, es Su gloria pasar por alto muchos defectos y toma tiempo para tratar con ellos.
- 4) Que estos versículos nos dejen con el reconfortante recuerdo que Jesús no ha cambiado. Su corazón sigue siendo el mismo que era cuando cruzó el mar de Galilea y acalló la tormenta. En lo alto del cielo, a la diestra de Dios, Jesús todavía es compasivo, todopoderoso y paciente hacia Su pueblo.
- 5) Seamos más compasivos y pacientes con nuestros hermanos en la fe. Pueden equivocarse en muchas cosas, pero si Jesús los ha recibido y los sobrelleva, seguramente nosotros también podremos hacerlo. Tengamos más esperanzas en nosotros mismos si hemos venido a Cristo de todo corazón. Puede que seamos muy débiles, frágiles e inestable; pero si realmente podemos decir que venimos a Cristo y creemos en Él, podremos consolarnos.
- 6) La pregunta para la conciencia no es: “*¿Somos como los ángeles? ¿Somos perfectos como seremos en el futuro en el cielo?*” La pregunta es: “*¿Somos reales y verdaderos en nuestro enfoque hacia Cristo? ¿Realmente nos arrepentimos y creemos?*” Si lo somos, hay esperanza para nosotros en Él, pues que el que comenzó la buena obra, la perfeccionará.

Conclusión:

¡Cuán necesario es que los cristianos mantengan su fe lista para su uso. Leemos que nuestro Señor dijo a Sus discípulos, cuando la tormenta hubo cesado y sus temores se calmaron, “*¿Cómo no tenéis fe?*,” en otras palabras, ¿dónde está el beneficio de creer si no puedes creer en el momento de necesidad? ¿Cuál era el verdadero valor de la fe, a menos que la mantuvieran en ejercicio activo? ¿Dónde está el beneficio de confiar, si confías en el Maestro solo bajo el sol, pero no en las tormentas?

Tener la verdadera fe salvadora es una cosa, pero tener esa fe siempre lista para usarla es otra muy distinta. Muchos reciben a Cristo como su Salvador y deliberadamente encomiendan sus almas a Él por la eternidad, sin embargo, a menudo encuentran su fe lamentablemente falta cuando sucede algo inesperado. Esto no debería ser así. Oremos para tener fe suficiente y lista para ser usada en cualquier momento, y nunca encontrarnos desprevenidos. Vivamos viendo al invisible, como Moisés (He. 11:27). Tal creyente nunca será sacudido grandemente por ninguna tormenta. Verá a Jesús cerca de él en la hora más oscura y el cielo azul detrás de la nube más negra.

Versículo a memorizar: Marcos 4:40 – “Y les dijo: *¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?*”